

Conservatorio, y que después de estar allí decidiría lo que mejor le pareciese.

Tal declaración de su hijo fué el colmo de la alegría para la señora Chanteau: ella hubiera preferido verle en la magistratura ó en la administración pública, pero también los médicos eran gentes muy honorables, y ganaban mucho dinero.

—¿Eres una hada?— dijo á Paulina, besándola.—
¡Ah, querida niña! bien nos recompensas lo que hacemos por tí.

Todo se arregló en breve, determinando que Lázaro partiría el 1.º de Octubre; y entonces, en Septiembre, las travesuras de ambos comenzaron otra vez con más ahínco, porque á uno y á otro les parecía muy natural concluir dignamente su bella vida de libertad.

Los días eran cada vez más cortos, y ellos se olvidaban de que estaban solos, en la arena de la bahía del Tesoro, hasta bien entrada la noche.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, echados en la playa el uno junto al otro, él miraba las estrellas que aparecían en el ancho espacio como perlas de argentada lumbre, y ella estaba seria, muy grave, con la tranquila admiración de una niña.

Lázaro, febril desde que se decidió á partir, abría

y cerraba nerviosamente los párpados, según los sobresaltos de su voluntad, que le impelía sin cesar á la formación de nuevos proyectos.

—¡Qué hermosas son las estrellas! — dijo Paulina gravemente, después de largo silencio.

Y él no contestaba, porque su ingenua alegría cedía el puesto á un malestar indefinible, que le turbaba la vista; y en tanto hormigueaban nuevos astros en el cielo, de minuto en minuto, como si alguien hubiese echado á través de la inmensidad una paletada de brasas.

—Tú no sabes lo que es eso—murmuró él por fin lentamente;—cada estrella es un sol, y á su alrededor giran máquinas como la tierra; hay millares de millares, y otras detrás de las que vemos, y otras más allá todavía.....

Calló, y en seguida añadió con voz trémula, vibrante como un escalofrío:

—Yo no quiero mirarlas, porque me dan miedo.....

El mar, que subía, murmuraba con lamentación lejana, parecida á la confusa queja de muchedumbre de desheredados de la fortuna que lloran su miseria; en el ancho espacio, negro é inmenso, centelleaba el fulgor de los astros, el volante polvo de los mundos; y en medio de aquel rumor plañidero

de la tierra, que parecía agobiada por el peso de infinitas estrellas, Paulina creyó escuchar cerca de ella un eco de sollozos.

— ¿Qué tienes? ¿estás enfermo?

Él no respondía: lloraba, y tapábase el rostro con sus manos violentamente crispadas, y cuando pudo hablar, murmuró:

— ¡Oh! ¡morir, morir!

La niña conservó duradero recuerdo de esta escena.

Lázaro se puso de pie trabajosamente, y los dos regresaron á Bonneville muy de noche, y alcanzados ya por la marea, que les mojaba los pies.

No se dirigieron una palabra: ella veía marchar delante á su primo, y éste parecía más bajo, encorvándose para resistir al viento que soplaba del Oeste.

Aquella noche les aguardaba en el comedor una muchacha recién llegada, hablando con Chanteau: era Luisa, niña de once años y medio, que solía pasar en Bonneville algunas temporadas, y aunque dos veces se había ido á Arromanches, para conducirla, y las dos inútilmente, llegó de súbito cuando menos se pensaba en ella.

La madre de Luisa había espirado en brazos de

la señora Chanteau, recomendándola su hija; su padre, el señor Tibaudier, banquero de Caen, se volvió á casar ocho meses después, y tenía ya tres hijos, y subyugado por la nueva familia, y con la cabeza llena de cifras, dejaba á su hija mayor como pensionista en un colegio, y sabía desembarazarse de ella en la época de vacaciones enviándola á casa de cualquier amigo suyo.

Un criado fué el encargado de acompañar á la señorita, porque ¡el señor tenía tantas ocupaciones!..... y partió en seguida, asegurando que el señor haría lo posible para ir personalmente á buscar á la señorita.....

— ¡Acércate, Lázaro!—gritó Chanteau.— ¡Ya está aquí! ¡ya ha venido!

Y Luisa, sonriendo, besó al joven en las dos mejillas: ellos, no obstante, se conocían poco, porque Luisa siempre estaba enclaustrada en el colegio y Lázaro había salido del Liceo pocos meses antes, no datando su amistad sino de las últimas vacaciones.

Por otra parte, él la hubo tratado poco, ceremoniosamente, adivinando en ella una coqueta que, adelantándose á la edad, desdenaba ya las alegres diversiones de la infancia.

—Pero, Paulina, ¿tú no la abrazas y besas?—dijo

la señora Chanteau, que entraba.—Es como tu hermana mayor, pues tiene diez y ocho meses más que tú.... A ver si os queréis mucho, porque me agrada.

Paulina contemplaba á Luisa, que era delgada, fina, con semblante algo irregular, pero de gran encanto, ceñido de hermosa cabellera rubia rizada y peinada como la de una señora.

Paulina palideció al verla abrazar á Lázaro, y cuando éste la devolvió sus besos y abrazos sentía aquella escalofríos en sus labios.

—¿Qué te pasa?—la preguntó su tía;—¿tienes frío?

—Sí, sí, un poco.... el viento no es muy templado....—respondió la niña, encarnada por su mentira.

En la mesa no comió. Sus ojos, que no cesaban de mirar á los dos jóvenes, reflejaban un brillo negro, terrible, observando que su primo, sus tíos y hasta Verónica sólo atendían á Luisa; pero sufrió mucho más cuando el perro Mateo, á los postres, dando la vuelta de costumbre alrededor de los comensales, fué á reclinar su gran cabeza sobre las rodillas de la recién venida, y en vano le llamó, porque ésta le atracaba de azúcar.

Concluida la comida, Paulina había desaparecido, y Verónica, que llegaba de la cocina para quitar la mesa, dijo con aire de triunfo:

—¡Ah, señora! Ya que le parece tan buena su Paulina, vaya á ver lo que hace en el patio....

Todos corrieron al patio. Allí estaba Paulina, oculta en la cochera, sujetando á Mateo contra la pared, y arrebatada por insano acceso de fiereza, golpeando en la cabeza del perro con toda la fuerza de sus delgados puños; y el perro, aturdido, sin defenderse, bajaba tristemente la cabeza.

Dirigiéronse hacia ella, y seguía golpeando con más furor; hubo necesidad de quitarla de allí, tiesa, rígida, tan enferma que se le acostó inmediatamente, y su tía permaneció á su lado buena parte de la noche.

—¡Oh! ¡Es muy gentil, muy gentil!—repetía Verónica, encantada de haber hallado una mancha en tan brillante perla.

—Me acuerdo de que se me ha hablado algo de esas cóleras en Paris—decía la señora Chanteau.—Ella es celosa, lo cual es muy feo. Hace seis meses que está aquí, y ya me había apercibido de algunos defectillos suyos.... pero, francamente, ¡querer matar á golpes al pobre perro!.... Eso pasa de toda regla....

Al día siguiente, cuando Paulina encontró á Mateo, le estrechó en sus brazos temblorosos y le besó en el hocico con tal abundancia de lágrimas, que hubo temores de verla otra vez con su crisis.

Pero no se corrigió; sentíase como impulsada por ignota fuerza que la empujaba toda su sangre hacia el cerebro, y suponíase que aquellas violencias de celos eran deplorable herencia de algún abuelo materno, á pesar del bello equilibrio de sus padres, de los que ella parecía viva imagen.

Y como tenía muy desarrollada la inteligencia para los diez años, ella misma decía que se esforzaba para combatir semejantes arrebatos y no lo conseguía, y en seguida se quedaba muy triste, como aquel que sufre un mal de que se avergüenza.

—Si yo os amo tanto, ¿por qué vos amáis á otra?— decía ella en su cuarto, reclinando la cabeza en el hombro izquierdo de su tía, que la sermoneaba dulcemente.

Así, á pesar de sus esfuerzos, sufría mucho con la presencia de Luisa; desde que se hubo anunciado su llegada, esperábala con inquieta curiosidad, y luego contaba los días con el deseo impaciente de que se marchara cuanto antes.

Luisa, por lo demás, la seducía por su aspecto elegante y distinguido, sus pretensiones de señorita sabia, su gracia mimosa de niña poco acariciada en su casa, y cuando Lázaro estaba presente, turbaban é irritaban á Paulina las seducciones de aquélla y á la vez la revelación espontánea de algo desconocido.

El joven, sin embargo, la consideraba como preferida, y burlábase de la otra diciendo que le fastidiaba con sus pretensiones de gran señora; pero los juegos ruidosos y violentos habían sido abandonados, y ambos jóvenes se entretenían por la noche en mirar las estampas de la sala y durante el día en pasear por la playa á paso moderado.

Una mañana Lázaro declaró que su marcha se efectuaría dentro de cinco días, deseando instalarse en París, donde le esperaba uno de sus antiguos camaradas de Caen, y Paulina, á quien desesperaba hacia un mes la idea de tal marcha, apoyó vivamente la decisión de su primo y ayudó á su tía, con gozosa actividad, á prepararle la maleta.

Pero cuando el tío Malivoire se llevó á Lázaro en el fondo de su vieja berlina, la pobre muchacha corrió á encerrarse en su cuarto, y lloró amargamente; por la noche se manifestó muy amable con

Luisa, y los ocho días que ésta pasó aún en Bonneville fueron verdaderamente encantadores; cuando el criado volvió á buscar á ésta, exponiendo que su señor no había podido abandonar sus negocios, las dos amigas se abrazaron estrechamente y juraron amarse siempre.

Con lentitud mortal se deslizó un año; la señora Chanteau, cambiando de parecer, no envió á Paulina al colegio, sino que la hizo quedarse en casa, por causa de las instancias de Chanteau, que no acertaba á pasar sin la niña.

Además, en los colegios de internas las muchachas aprenden ciertas cosas que no deben saber, y ella, la señora Chanteau, respondía de la perfecta inocencia de su sobrina; buscóse, por lo tanto, en los rincones de la librería de Lázaro una Gramática, una Aritmética, un tratado de Historia y un resumen de Mitología, y la señora Chanteau volvió á empuñar la palmeta de profesora de dictado, de problemas y de lectura en alta voz, á lección por día.

La sala de Lázaro se transformó en cuarto de estudio, y Paulina tuvo además que ponerse al piano, sin contar con que su tía demostró severidad en corregir sus bruscos modales de muchacha; pero ella

era dócil é inteligente, y aprendía voluntariamente y con gusto aun las materias de estudio que más la repugnaban.

Un libro, entre todos, la fastidiaba poderosamente: el Catecismo.

Ella no había comprendido todavía que la señora Chanteau saliese del ordinario régimen el domingo, y la llevase á misa. ¿Para qué? En París jamás se la llevaba á San Eustaquio, el templo más próximo á su casa, y las ideas abstractas no entraban sino muy trabajosamente en su cerebro.

Su tía debió explicarla que una señorita bien educada no podía dispensarse de dar buen ejemplo y mostrarse muy cortés con el cura, aunque ella misma no tuviera sino una religión de conveniencia, que formaba parte de las reglas de buena educación.....

El mar, sin embargo, seguía batiendo dos veces por día las casas de Bonneville con el eterno balanceo de sus olas, y Paulina parecía agigantarse ante el espectáculo del inmenso horizonte; ya no jugaba, porque no tenía compañero de juego, y cuando corría con Mateo alrededor de la terraza ó paseaba por el huerto llevando en sus hombros á Minucha, su único recreo consistía en mirar al mar,

siempre vivo, siempre agitado, lívido en los sombríos meses del invierno, y verde y tornasolado desde los primeros días de Mayo.

El año fué dichoso, porque la felicidad que la niña, con su presencia, había llevado á la casa, se manifestó con una remesa inesperada de cinco mil francos que Davoine hizo á los Chanteau, para evitar el rompimiento con que éstos le amenazaban; y mientras tanto la tía iba á Caen puntualmente cada trimestre á cobrar las rentas de Paulina, cobrando también los gastos y el importe de la pensión que la había señalado el consejo de familia, y en seguida compraba con el total nuevos títulos de la Deuda, que, acompañada de su sobrina, metía con los otros en el cajoncito de la mesa, repitiendo á la niña:

—Ya ves, hijita, que los guardo todos juntos, ¿eh? ¡El paquete crece! No tengas cuidado, que todo lo hallarás ahí mismo, sin que falte un céntimo.

A principio de Agosto llegó Lázaro sin anunciárselo, queriendo sorprender á su madre y manifestando que había obtenido buen éxito en los exámenes de fin de curso.

Aquel suceso fué una alegría inmensa.

En sus cartas de París, una cada quince días, el

joven se manifestaba apasionado por la Medicina; pero desde que llegó á Bonneville estaba cambiado en absoluto, no hablando de música, pero enojando á todos con sus cuentos referentes á los catedráticos y con sus disertaciones científicas á propósito de cualquier cosa, de los manjares que se servían, del viento que soplaba.

Nueva fiebre le devoraba, porque se había dejado dominar totalmente por la idea de ser un médico de genio, cuya aparición conmovería al mundo....

Paulina, después de abrazarle apretadamente, cual muchacha que no disimulaba su ternura inocente y sincera, quedó sorprendida de hallarle tan variado; causábala pesar que no hablase ya de música, ni siquiera como asunto de recreo.

¿Era que no se podía amar una cosa cualquiera después de haberla amado ardientemente?

El día en que Paulina le preguntó por su famosa sinfonía, Lázaro la contestó con algunas bromas, añadiendo que todas aquellas frivolidades habían concluido para siempre, y ella se puso muy triste y recordó que él mismo había desocupado su maleta para ocultar los libros que traía, las novelas, los volúmenes de ciencia llenos de grabados.... y que ya no la había de dar vueltas como una peonza, echando

hacia arriba sus faldas, cuando se empeñaba en entrar y habitar en su cuarto.

Sin embargo, ella no había crecido mucho, y le miraba de frente con sus ojos puros de inocencia, y al cabo de ocho días se renovó de gentil manera su antiguo compañerismo de muchachos: la ruda brisa del mar le sacudía los olores del barrio latino de París, y él volvió á regocijarse con aquella niña ingenua, sincera, de franca alegría.

Todo volvió á empezar: los juegos alrededor de la mesa, las escapatorias en compañía de Mateo y de Minucha, las carreras hasta la bahía del Tesoro, los baños en pleno sol; y justamente en aquella temporada Luisa no estaba allí, por haber ido á Rouen á pasar las vacaciones en casa de unos amigos de sus padres.

Dos meses se deslizaron dulcemente, sin que ninguna nube de disgusto empañara el cielo de su intimidad, cuando llegó Octubre, y Lázaro se dispuso á hacer su maleta, guardando en primer lugar los libros que hubo traído de París y permanecieron en el fondo del armario, sin ocurrírsele en todo el verano abrir uno de ellos.

—¿Te los llevas todos?—preguntó Paulina sorprendida.

—Ya lo creo; son para mis estudios. ¡Ah, diablo! ¿cuánto voy á trabajar! Es preciso que gane lo perdido.....

Una paz de muerte volvió á reinar desde entonces en la casita de los Chanteau; pasaban sobre ella los días con uniformidad inalterable, y seguíase oyendo el ritmo eterno del Océano; pero en aquel año hubo en la vida de Paulina un hecho que se debe señalar: ella hizo su primera comunión á mediados de Junio, á la edad de doce años y medio.

Lentamente la religión se apoderó de ella, una religión grave, superior al diálogo del Catecismo que la niña repetía sin comprenderle, y su mente, joven y reflexiva, concluyó por formar acerca de Dios la idea de un ser omnipotente y sapientísimo que dirigía todas las cosas de manera que sólo reinase en la tierra la justicia, y este concepto la bastaba para entenderse con el abate Horteur.

Este era un hombre duro de mollera, en la cual había penetrado la letra, no el espíritu, de la religión, y se contentaba con prácticas exteriores para el buen orden de una ejemplar devoción: personalmente cuidaba de su último fin, y cuanto á sus feligreses, ¡tanto peor si se condenaban!..... Porque ya había procurado, por espacio de quince años, condu-

círculos por camino de salvación, sin conseguirlo, y no les pedía otra cosa desde entonces sino la cortesanía de gentes bien educadas, en los días de las grandes solemnidades religiosas.

Todo Bonneville iba á la iglesia, por hábito, no obstante la concupiscencia de pecado que dominaba en la aldea, y esta misma indiferencia religiosa del pueblo fomentaba la tolerancia del cura, el cual iba todos los sábados á casa de Chanteau, aunque éste, disculpándose con su gota, jamás ponía los pies en la iglesia.

La señora Chanteau, por el contrario, asistía regularmente á los oficios, y llevaba consigo á Paulina, á quien seducía poco á poco la gran simplicidad del párroco: en París ella desdénaba á todos los curas, llamándoles hipócritas de negra hopalanda que encubría sus crímenes; pero aquél la parecía un buen hombre, con sus gruesos zapatos, su rostro curtido por el sol, su aspecto y su lenguaje de colono pobre.

Una observación había hecho: el abate Horteur fumaba con delicia una gran pipa de ámbar y esfumaba, refugiándose por un escrúpulo de conciencia en el fondo de su jardín, y solo con sus plantas y aquella pipa, que él ocultaba lleno de turbación

cuando alguien le sorprendía, interesaba altamente á la muchacha sin que ella supiera el motivo.

Hizo su primera comunión con gravedad, en compañía de dos chicuelas y un pillete de la aldea, y por la noche, el cura, comiendo á la mesa de los Chanteau, declaró ingenuamente que nunca en Bonneville, desde que él estaba en el pueblo, había visto una neófita que tan correctamente se acercara á la Sagrada Mesa.

El año no fué tan bueno, porque el alza que Davoine esperaba en los abetos no se presentó, y, según malas noticias que llegaban de Caen, veíase obligado á vender con pérdida, y caminaba fatalmente á una catástrofe.

Vegetóse con estrechez con los tres mil francos de renta, que bastaban taxativamente á las necesidades de la casa, y cercenando las provisiones; pero el gran cuidado de la señora Chanteau era Lázaro, de quien recibía cartas que ella sola leía y guardaba, porque se reducían sencillamente á repetidas demandas de dinero.

En Julio, cuando fué á cobrar las rentas de Paulina, presentóse á Davoine, y los dos mil francos que éste la había dado pasaron en seguida á manos del joven; todavía consiguió sacar otros mil francos,

que también siguieron el camino de París; y últimamente el mozo la escribía que no era posible su regreso á Bonneville si antes no pagaba sus deudas.

Por fin una mañana, después de esperarle en vano ocho días, su madre y Paulina fueron á recibirle á Verchemont: se abrazaron en medio del camino, y juntos volvieron á la aldea; mas aquel regreso en familia fué menos alegre que la sorpresa triunfal del año anterior; el joven había salido mal de los exámenes, porque todos los profesores, decía, eran unos asnos que debían llevar senda carga en las espaldas.... y al día siguiente, en presencia de Paulina, arrojó los libros en una tabla del armario, declarando que ya podían apolillarse allí....

Este disgusto súbito consternaba á la niña, y más cuando le oía burlarse ferozmente de la Medicina, y retarla á que curase ni siquiera un romadizo; y un día en que ella defendía á la ciencia, en arranque generoso de juventud y de fe, ruborizándose, Lázaro tuvo valor para mofarse de aquel entusiasmo ignorante.

Las vacaciones pasaron pronto, y en sus acostumbrados paseos él se aburría soberanamente, y hasta se burlaba del mar, que siempre era el mismo, dedicándose á hacer versos para matar el tiempo, y

escribiendo sobre el Océano varios sonetos muy limados y de selecta rima; rehusó bañarse, porque había descubierto que los baños fríos eran contrarios á su temperamento; hacia la mitad de Septiembre, como Luisa acabase de llegar, habló en seguida de volver á París, con el pretexto de prepararse á sufrir nuevos exámenes, porque las dos muchachas le aturdíán....

La vispera de salir de Bonneville, Lázaro manifestó tanta alegría que Paulina lloraba amargamente.

—¡No me amas, no!

—¡Eres una estúpida! ¿No es necesario que yo acabe mi carrera? ¡Una niña grande que lloriquea!....

Y ella, apelando á todo su valor, sonreía.

—Trabaja mucho este año para que vuelvas alegre....

—¡Quiá! Es inútil estudiar mucho, porque los exámenes son pura fórmula. Si no he sido aprobado consiste en que no me he tomado la molestia de quererlo.... Pero ahora no será así, porque comprendo que mi carencia de fortuna me impide cruzarme de brazos y holgar, la única cosa inteligente que el hombre debe hacer....

Desde los primeros días de Octubre, habiendo regresado Luisa á Caen, Paulina volvió á dar lecciones con su tía, y el curso del tercer año versó especialmente sobre la Historia de Francia y la Mitología, enseñanza superior que debía permitirle comprender los cuadros de los museos; pero la niña tan aplicada en el año precedente, dormíase ahora antes de estudiar las lecciones, y bruscos arrebatos solían matizarla de púrpura el semblante.

Una crisis de cólera contra Verónica, que no la amaba, según ella decía, la postró en cama por dos días.

Hacia la Navidad el estado de la niña inspiró inquietudes á la señora Chanteau: aquélla se quejaba de vivos dolores en las caderas, encorvábese con el débil peso de su cuerpo, sufría repentinos ataques de fiebre; y el doctor Cazenove, después de haberla interrogado discretamente, llamó aparte á la tía para aconsejarla que advirtiera á su sobrina del próximo advenimiento de su pubertad.

Pero la tía, juzgando exagerada tal precaución, rechazó la confidencia, porque su sistema de educación consistía en la ignorancia completa de los hechos hasta que ellos mismos se impusieran; y como el médico insistiese, prometióle hablarla y di-

lató de día en día el cumplimiento de su promesa.

Una mañana, cuando la señora Chanteau salía de su cuarto, oyó quejarse á Paulina y se mostró muy inquieta: estaba la niña sentada en el lecho, llamando á su tía con gritos incesantes, pálida de terror.....

—¡Oh, tía mía, tía mía!

La señora Chanteau comprendió inmediatamente.

—¡Bah! eso no es nada, querida mía; tranquilízate..... ¿Te has lastimado en alguna parte? ¿No? pues yo te juro que eso es.... como si hubieses echado un poco de sangre por la nariz (1).

Algunos días después, Paulina se entregó apasionadamente al trabajo, y en particular al estudio de la Mitología: apenas dejaba un momento el cuarto de Lázaro, y era menester llamarla para que bajase á comer, con la cabeza cargada y los miembros entumecidos por la inmovilidad.

Pero en la biblioteca estaban también algunas

(1) Advertimos al lector que en este y otros períodos del libro suprimimos detalles y aun párrafos enteros, que no se relacionan para nada con la acción principal, y que repugnan. Esas descripciones demasiado naturalistas en que el autor se complace, sobre no añadir ningún mérito á la obra, son efectivamente lo que la crítica francesa ha llamado con gran propiedad *ordures*.—(N. del T.)